

DECLARACION DE MAX THURIAN (2.4.1988)

Algunos amigos me han pedido que responda a sus preguntas y yo lo hago con mucho gusto, por cuanto me parece que no se trata de una cosa extraordinaria, sino de un acto normal en la evolución continuada de mi pensamiento y de mi vida. Quienes me conocen profundamente y desde hace mucho tiempo estarán de acuerdo conmigo.

He sido ordenado presbítero en la Iglesia católica en Nápoles. Había establecido vínculos estrechos con esta Iglesia. Encontré en Nápoles una Iglesia fraterna, cuya vida litúrgica me marcó profundamente, sobre todo durante la Semana Santa. ¡Cuántas veces deseé concelebrar con el Obispo y con mis amigos sacerdotes reunidos en la Catedral para las ordenaciones el Domingo de Ramos, el Jueves Santo...! Me impresionaron la fe, la confianza, la alegría del Cardenal Conrado Ursi, su amor por la Palabra de Dios y la Eucaristía; él me mostró cómo la catolicidad implica la generosidad de espíritu y de corazón. El nuevo Arzobispo de Nápoles, S. E. el Cardenal Miguel Giordano, también es para mí un verdadero hermano y amigo.

Quise dar discreción a mi decisión para que nadie sufriese a causa de los rumores que podrían derivarse de ella, y porque esta misma se inscribe en un camino que quiere ser puramente espiritual, según el Evangelio: «Tú, cuando ores, entra en tu cámara y, cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en lo secreto...» (Mt 6, 6).

Al pedir libremente la ordenación al Arzobispo de Nápoles, estaba claro que no abandonaba a nadie, que no renegaba de nada de cuanto había recibido como cristiano anteriormente: se trataba sólo del cumplimiento de mi bautismo, de mi ministerio y de mi profesión religiosa en el reconocimiento y la fidelidad a la Comunidad de Taizé.

Mantengo un profundo respeto por la tradición refor-

mada que me comunicó con fuerza la Palabra de Dios. Deseo vivir en solidaridad plena con todos aquellos que me han ayudado a lo largo de mi vida cristiana, y especialmente en mi trabajo ecuménico al servicio de la unidad de todos los cristianos. Siento en mí ahora una actitud mucho más positiva en las confrontaciones con las tradiciones de la Reforma hacia aquello que éstas tienen de auténtico.

Hace mucho tiempo que me siento profundamente católico y quienes me conocen lo saben bien. He sentido la necesidad irresistible de poner mi vida de ministro de Cristo en sintonía con mi pensamiento expresado muchas veces en el diálogo ecuménico. Todo esto no representa ningún juicio en comparación con nadie.

Deseo que esta decisión, adoptada en la continuidad de la vida cristiana, constituya para mí una renovación espiritual, una conversión del corazón para empezar de nuevo cada día en la contemplación de Dios y para el servicio de cuantos confían en mí. A partir de esta decisión que ha acelerado los acontecimientos, he experimentado el misterio sorprendente de Dios que nos conduce a pesar de todas las razones en contra. Unas palabras de San Ambrosio han dominado este tiempo de decisión: «la gracia del Espíritu Santo no conoce dudas ni tardanzas... *Nescit tarda molimina Sancti Spiritus gratia*» (Sobre la Visitación, *Exp. Ev. Sec. Lucam* 2, 19).

Mi camino hacia el sacerdocio ministerial católico está constituido por todo un conjunto de reflexiones teológicas, de diálogos ecuménicos, de experiencias litúrgicas, de acontecimientos eclesiales y personales. De manera particular pienso en el II Concilio Vaticano, en el *Consilium* de liturgia, en el trabajo en torno al documento «Bautismo, Eucaristía, Ministerio», en el grupo de Dombes. De este conjunto puedo discernir aún algunos elementos decisivos.

Mis estudios sobre la Eucaristía y sobre la liturgia en general me han llevado a desear irresistiblemente la celebración diaria de la Palabra y del Sacramento en la Iglesia que me da la misión y la posibilidad de hacerlo. Esta celebración diaria de la Eucaristía (Palabra y Sacramento) me parece primordial y fundamental para la vida sacerdotal de un ministro de Cristo. He experimentado toda la fuerza y todo el gozo en la bellísima liturgia de la Tradición de la Iglesia, redescubierta en sus fuentes por el Vaticano II.

El diálogo ecuménico sobre el ministerio, según la Palabra de Dios, así como la vida litúrgica y pastoral me han convencido del carácter sacramental de la ordenación por la imposición de las manos y la epiclesis del Espíritu Santo. Deseé, pues, recibir el sacramento de la ordenación para

integrarme en el ministerio conforme a la Iglesia de los Padres y poder celebrar la Eucaristía en comunión plena con toda la Iglesia. El ministerio que yo vivía, según la interpretación católica, como por anticipación, ha recibido el sacramento de la ordenación que le da su plenitud, como una realización en el misterio de la Iglesia.

La Iglesia de los Padres en continuidad con la Iglesia de los Apóstoles es una Iglesia episcopal, que reconoce en los obispos los signos y ministros de la unidad católica y de la sucesión apostólica. Esta certeza doctrinal madurada en el diálogo ecuménico ha quedado confirmada por la experiencia, en el contacto con numerosos obispos y con su ministerio de unidad en la Iglesia local o particular.

Juan Pablo II me ha revelado una imagen fuerte del Papa, que vela sobre la Iglesia proclamando por todas partes la Palabra de Dios con valor, confianza y autoridad. Su personalidad y su ministerio me han convencido de la necesidad de que el Obispo de Roma, sucesor de Pedro, asuma la grave tarea de guía y árbitro en colegialidad con los obispos; y busque, en obediencia al Señor, vías de unidad entre las Iglesias particulares y perspectivas nuevas para la evangelización del mundo. Su ministerio pastoral universal es necesario para la reconstrucción de la unidad visible entre todos los cristianos.

La encíclica de Juan Pablo II *Redemptoris Mater* me ha confirmado en la certeza de que la Virgen María, Madre de Dios, representó por la gracia un papel decisivo en la historia de la salvación, y mediante su intercesión maternal, sigue sosteniendo en su combate espiritual a todos los discípulos de Cristo que forman la Iglesia, de la que ella es figura y modelo. La piedad mariana nos lleva a la escucha de la Palabra de Dios, al amor de Cristo y a la renovación del Espíritu en la Iglesia, Madre de los fieles.

Me confío a la oración de todos para conservar el gozo en la celebración de la Eucaristía, en la liturgia de las horas, en el ministerio de la reconciliación, al servicio de la unidad visible de los cristianos. Que conserve siempre la apertura del corazón y del espíritu hacia todos aquellos que quieren amar a Dios, servir a Cristo, vivir en la comunión del Espíritu Santo.

Me gustaría poderme repetir sin cesar estas palabras de Santa Teresa de Jesús:

«Nada te turbe
Nada te espante...
Nada te falta
Sólo Dios basta».